

Lo que el sismo no derrumbó. Experiencias posteriores al 19 de septiembre en el suroeste de Puebla¹

Laura Rodríguez Cano,^{*} Rodolfo Rosas Salinas,^{**}
José Bardomiano Hernández^{***} y Azul Ramírez^{****}

El objetivo de este artículo es relatar las experiencias posteriores al sismo del 19 de septiembre de 2017, cuando se realizaban diversas actividades dentro del proyecto Geografía Histórica de la Mixteca Baja, el cual se lleva a cabo en el suroeste de Puebla. El proyecto está adscrito a la ENAH y su responsable es la maestra Laura Rodríguez Cano. En este documento también se pretende transmitir las necesidades de la región y dar cuenta de la implementación de mejores estrategias para que las instituciones culturales y los pobladores continúen con el proceso de reconstrucción material y social.

Al estar el epicentro en la región que por varios años se ha investigado y de la que se tienen buenas amistades, siempre dispuestas a colaborar y compartir sus saberes tradicionales, así como a ofrecer techo y comida durante las temporadas de campo, los participantes del proyecto quisimos conocer de inmediato lo acontecido en el área de estudio, más allá de lo que informaban los noticieros ciudadanos, concentrados en la Ciudad de México. Así, al restablecerse las comunicaciones, contactamos a los cronistas de varios municipios de la región Mixteca poblana,² quienes nos informaron en qué poblaciones aledañas y de difícil acceso aún no llegaba la ayuda.

^{*} Profesora-investigadora, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH (laurarcano@hotmail.com).

^{**} Profesor, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH (raz.fari@gmail.com).

^{***} Doctorado en Estudios Mesoamericanos, UNAM (bardoslp@yahoo.com.mx).

^{****} Posdoctorante, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM (azulramirez108@gmail.com).

1. En las actividades realizadas por el Proyecto de Geografía Histórica de la Mixteca Baja: Toponimia y Espacio Político de los Siglos VIII al XVIII, adscrito a la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), las cuales se realizan en apoyo a las comunidades de la Mixteca poblana, queremos agradecer la constante colaboración y participación de varios egresados y estudiantes de la licenciatura de etnohistoria de la ENAH, así como de otras instituciones educativas que se incorporaron a las labores del proyecto. Nuestro agradecimiento a Sanskari Husur Ponce Melgoza, Erick Arévalo Hernández, Paul Eduardo Baca Carmona, Guadalupe Donis Valerio, Aquetzalli Nayeli Mora Jiménez, Carlos Ulises Vargas Pérez, Carlos Augusto Barriga Servín y Melany Mishelle Durán Garciarreal; asimismo, para las semanas de contingencia fue de gran ayuda el apoyo de Conrado Tostado, Diana Sánchez Colín, Diana López Gómara, Verónica González Ojeda, Isidro Jaimes Hernández, Hans Martz de la Vega, Cecilia González Morales, Jorge Domínguez Ruiz, Ixchel Bernal Velázquez, Javier Becerra Venegas y Ricardo de la Peña.

2. El señor Filiberto Sánchez Caridad, cronista de Huehuetlán el Chico y coordinador regional; el ingeniero Gil Campos, cronista de Chiautla de Tapia e Izúcar de Matamoros y coordinador regional; la señora María de Jesús Sánchez, cronista de Ixcamilpa de Guerrero; la señora Cristina Trejo Ramales, cronista auxiliar de Tzicatlán, y el señor Luis Eduardo Montaña Sosa, cronista de Cohetzala.

Así, el 22 de septiembre iniciamos la primera salida en una pequeña camioneta que la ENAH nos prestó y que, a su vez, había sido facilitada por la Coordinación Nacional de Antropología (Cnan) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Viajamos en el vehículo hacia los municipios de la región, acompañados por un camión que transportaba varias toneladas del acopio reunido por el Colegio Alemán, el Club Alemán y la Empresa Recicla-T México, obtenido gracias a la valiosa ayuda de Paloma Escalante, investigadora de la ENAH. El destino fue la Mixteca poblana, donde los medios de comunicación informaron que se había originado el epicentro del sismo. El camión llevó víveres, agua, ropa, medicamentos y juguetes, entre otros avituallamientos, a Huehuetlán el Chico, Puebla.

Durante nuestro trayecto era difícil no voltear a mirar los muros caídos en las poblaciones de Jonacatepec y Axochiapan, ubicados en el estado de Morelos. En las áreas céntricas de ambas localidades había desviaciones del tránsito debido a las afectaciones ocasionadas por el sismo. En Jonacatepec observamos muros y bardas colapsados a causa del movimiento telúrico; incluso la iglesia y el convento agustinos, emblemas y monumentos históricos de esa población, presentaban fuertes daños. También vimos que en Tepalcingo, Morelos, y en Tlancualpican, Puebla, la gente estaba formada recibiendo apoyos que llegaron en camiones, camionetas y automóviles.

A diferencia de otras brigadas que se limitaron a depositar el apoyo en los centros de acopio y en las presidencias municipales, al tener un mayor conocimiento del área y el contacto con los cronistas, nuestra brigada pudo dirigir la ayuda directamente a los damnificados, entre los cuales se incluyó a personas de la tercera edad, discapacitados, mujeres embarazadas e infantes que habitaban en las rancherías más alejadas y que aún no recibían la ayuda.

Durante el reparto del acopio nos dimos cuenta de que algunos poblados como Pilcaya, Platanar e Ixcamilpa de Guerrero, localizados en la Mixteca poblana, habían sido bien abastecidos de víveres y recibieron la ayuda del ejército, el cual se abocó al levantamiento de albergues; sin embargo, las personas prefirieron permanecer en sus terrenos e improvisar un refugio por temor a perder sus pertenencias.

En Ixcamilpa de Guerrero, la iglesia, aparentemente del siglo XVIII, sufrió graves daños en su torre y fachada, así como en el atrio. Los pobladores nos comentaron que por dentro había sido mayor la destrucción, al grado de que se canceló la entrada y todo acto cerca de la misma, por temor a un derrumbe total. En este municipio, la ayuda que llevábamos se entregó a poblados retirados y de difícil acceso, como Linderos y Cuaguixquitepec; en esta última comunidad varios pobladores todavía hablan el náhuatl o mexicano. En estas localidades la gente agradecía el apoyo y comentaba que, aunque el temblor no las afectó tanto, la ayuda era bien recibida, pues siempre se padece mucha necesidad.

Durante las semanas en que se repartió el acopio en el sur de la Mixteca poblana, lo que se observó fue que las casas que resistieron el sismo fueron las viviendas tradicionales construidas con adobe y con unas gruesas varas horizontales de cuatecomate,³ que dan soporte a la construcción. Existía

3. Del náhuatl *cuatecomatl*, posiblemente *quahuitecomatl* = "árbol + cabeza". El término haría referencia al fruto que el árbol da, el cual es duro y redondo, de unos 15 cm de diámetro. El árbol pertenece a la especie *Crescentia*. Información recuperada de: <http://www.medicinatradicionalmexicana.unam.mx/monografia.php?l=3&t=Cirian_o_cuatecomate&id=7347> .

el riesgo de derrumbe total de algunas viviendas en las que se utilizaron materiales no compatibles con las casas de adobe, como las losas de cemento muy pesadas que se construyen para techar o los revoques de ese mismo material que han ido transformando la imagen de los pueblos y se han implementado con una visión de bienestar y progreso que impulsa el Estado.

Como después del temblor hubo lluvias torrenciales en la región, algunas comunidades experimentaron problemas en sus vías de comunicación. Por ejemplo, el río que pasa cerca de la localidad de San Miguel el Terrero, inspectoría dependiente de Huehuetlán el Chico, se desbordó, obstruyó por completo el camino y puso en riesgo de quedar aislados a los pobladores. En esa localidad observamos que a unos 50 m de la “tranca” de acceso al pueblo estaba una casa totalmente destruida: el techo y la pared exterior se habían colapsado y en un pequeño cuarto se divisaba una cama que amortiguó la caída del techo y el muro.

En la comunidad La Palma los pobladores afirmaron que lo que más necesitaban eran materiales para comenzar la reconstrucción de sus viviendas. El panorama allí, al igual que el de San Miguel el Terrero, era de casas derrumbadas; por eso la gente ya no quería despensas, sino apoyo con materiales de construcción o, por lo menos, con lonas para guarecerse de las lluvias.

En la localidad de Tepoxmatla observamos pocos daños; sin embargo, personas de la tercera edad, discapacitadas y mujeres con hijos que viven a las orillas del pueblo tuvieron diversas dificultades para llegar al centro de la localidad y acceder a los vastos apoyos que algunas personas llevaban, ya que los senderos que los comunican atraviesan barrancas y el río. Ante esto, decidimos desplazarnos hasta los márgenes del pueblo para llevar el apoyo directamente a las personas afectadas. Entre ellas, se lo entregamos a una señora de la tercera edad con problemas para caminar y que vive sola en una casa a la que se accede por una estrecha vereda, cruzando el río. Ella comentó que era el primer apoyo que recibía.

Iniciamos el reparto de acopio el 22 de septiembre y continuamos durante las semanas subsiguientes, hasta diciembre de 2017 y principios de enero de 2018.⁴ Como era de esperarse, a finales de septiembre la ayuda disminuyó, pero aún se necesitaban apoyos en poblaciones como Santa María Cohetzala y Santa Mónica, esta última perteneciente a Cohetzala; Huehuetlán el Chico y su junta auxiliar San Lucas Tzicatlán, Jolalpan y Teotlalco, Chiauhtla y Tlancualpican, su dependiente; Coacalco, agencia auxiliar de Xicotlán, y Albino Zertuche, entre otras.

Debido a esto continuamos repartiendo el acopio implementando la misma estrategia; esto es, nos desplazamos hasta los rincones más alejados y llevamos apoyos a las personas que más lo necesitaran, pero ahora con listas proporcionadas por las autoridades de los municipios, que privi-

4. Este trabajo continuo ha sido posible gracias al apoyo económico y de vehículos brindado por la ENAH, y a las gestiones realizadas por la maestra Julieta Valle Esquivel, el doctor Alejandro González Villarruel y el doctor Juan José Atilano Flores, autoridades de esa institución. También ha sido valioso el aporte del doctor Benjamín Mayer y de Conrado Tostado, de 17, Instituto de Estudios Críticos; del proyecto Red de Ciencias Aplicadas a la Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural (Red CAICPC), auspiciado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), así como el aporte del Laboratorio de Prospección Arqueológica del Instituto de Investigaciones Antropológicas (IIA) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), ambos coordinados por el doctor Luis Barba.

legiaban a las personas de la tercera edad y, en segundo término, consideraban a los damnificados en general.⁵

Durante esas primeras semanas la gente decía estar aturdida ante la visita de diversas personas de varias instituciones gubernamentales que iban a revisar sus casas. También manifestaban cierta incertidumbre en relación con los posibles apoyos para la reconstrucción de sus viviendas y, fundamentalmente, de sus iglesias, pues en la mayoría de ellas se cayeron las cúpulas y las torres; además, en algunas se desprendieron las paredes del altar mayor y de las portadas. Muchos edificios públicos, religiosos, administrativos y educativos sufrieron fuertes daños. En algunos municipios, como el de Cohetzala, tuvieron que implementar oficinas alternativas ante el peligro que representaban las instalaciones originales; en otras, a pesar de las fuertes grietas y del peligro que se corría, continuaron laborando.

Por otro lado, en algunos municipios el exceso de apoyo en despensas ocasionó diversos problemas que rompieron con la cotidianidad. Por ejemplo, algunos propietarios de pequeños comercios nos manifestaron su inconformidad ante la poca venta que registraron sus locales, ya que los productos más comunes eran proporcionados por las brigadas de apoyo; o bien, las personas que acumularon y consumieron productos enlatados e industrializados, como las sardinas y el atún, entre otros, manifestaron padecimientos estomacales severos ante la falta de costumbre de ingerir tales alimentos. Aunado a lo anterior, existía la imperiosa necesidad de conseguir antídotos y sueros para la picadura de alacranes, ya que estos artrópodos arácnidos abundan en la región. Al respecto, conocimos el caso de una señora que, entre otros problemas, tenía el de que el techo de su casa se había caído. Madre de dos bebés, no podía dejarlos solos por el peligro de los alacranes. Debido a ello, no podía ir al municipio para recibir la ayuda que traían las brigadas, que en la mayoría de los casos sólo llegaron al centro de las cabeceras municipales.

A lo largo de los recorridos y las estancias que realizamos en la zona, tanto para el reparto de acopio como para el trabajo antropológico y etnohistórico, fuimos testigos de las distintas impresiones que ilustran la forma en que los pobladores vivieron el sismo, mediante expresiones, entre otras, como “ahora sí se movió bonito la tierra”, “se sacudió recio”, “se veía en la calle principal cómo los adoquines se ondulaban”, “todo se cayó”, “salí al centro del patio y me hiqué a rezar”, “los mayores daños son donde hay más tierra y no tepetate”, “dicen que la tierra se abrió allá por el [paraje del] Jardín, pero con las lluvias el río lo tapó”. También nos percatamos de que con el ruido y movimiento de las máquinas para quitar el cascajo, los niños de las comunidades El Platanar y Zapatla estaban atemorizados, pues el estruendo de los equipos les recordaba el suceso que habían vivido semanas atrás.

Hasta mediados de octubre, en general, las poblaciones tenían ciertas necesidades en común, que eran las más urgentes, como el asesoramiento y la ayuda para reparar los daños de las viviendas, la

5. Agradecemos a las autoridades municipales el apoyo brindado: al ciudadano Rogelio Pérez Casales, de Huehuetlán el Chico; al ciudadano profesor Salvador Aguilar García, de Cohetzala, y al ciudadano Mateo Bello, de Santa Mónica, asimismo, a la ciudadana Antonia Amigón Quiroz y la familia Sánchez Caridad, originarios de Huehuetlán el Chico, Puebla. En todo momento guiaron y colaboraron para establecer la mejor forma de repartir el acopio conseguido entre las personas de esas listas.

recepción de víveres en condiciones sanitarias adecuadas y el acceso a atención médica. A mediano y largo plazos podrían plantearse otras problemáticas como la restauración de las actividades que dan lugar a la economía local.

Durante septiembre y octubre las autoridades levantaron un censo de las viviendas con mayores daños, con la idea de que las familias más afectadas tuvieran acceso a recursos para la reconstrucción de sus hogares; sin embargo, hay un sector más vulnerable que no podrá acceder a éstos, a pesar de que los necesita, con el objetivo de tener un espacio digno y habitable, sin el temor que ahora se vive ante un eventual colapso de sus habitaciones.

De igual forma, los pobladores, las autoridades y otras personas conocedoras de los sistemas de construcción antiguos desean apoyar en la reconstrucción de las iglesias, aunque perciben un rechazo a su ayuda por parte de los peritos del INAH que han ido a las poblaciones. Algunos lugareños nos comentaron que con el dinero de las organizaciones de migrantes podrían ayudar a la reconstrucción de la iglesia. Tal vez ésa sería una opción que el instituto debería considerar, para luego propiciar que en cada una de las iglesias exista un supervisor, además de trabajar en conjunto con otros proyectos dedicados desde hace varios años a la investigación y conservación del patrimonio, como es el caso de la Red CAICPC. En otras poblaciones, donde los habitantes vieron que el INAH sólo apuntaló las iglesias dañadas, nos encontramos continuamente con la misma pregunta: “¿Creen que realmente tenga arreglo? ¿No sería mejor hacer otra?”. Lo cierto es que para los pueblos es difícil no continuar con su vida cotidiana, que gira en torno a la iglesia. La prohibición de tañer las campanas y de tronar cohetes, así como la implementación de recintos abiertos provisionales para celebrar las misas o las fiestas, los inquieta sobremanera.

A partir de finales de octubre y principios de noviembre, durante el trayecto a la Mixteca poblana, el panorama cambiaba. Se percibía un mayor movimiento de camiones de carga y materiales de construcción, y algunos poblados ya habían comenzado a reparar paredes y grietas, e incluso a levantar algunas de las construcciones destruidas. Era evidente que ocurría una reconstrucción tanto por parte de organizaciones que implementaron refugios elaborados con bambú como por parte del gobierno federal. Aunque las casas construidas resultan beneficiosas, no sabemos qué depara el futuro para los habitantes de la región en cuanto a las condiciones de sus viviendas, y si éstas verdaderamente responderán a las necesidades de la población, pues sus dimensiones son menores a las que tenían las viviendas originales, además de que los muros y las columnas son delgados, motivo por el cual los pobladores desconfían de su durabilidad.

Por otro lado, el conocimiento que se posee en la actualidad sobre la elaboración de adobes y su uso para la construcción de casas es mínimo. Salvo algunas personas, sobre todo de Huehuetlán el Chico y de Cohetzala, el resto de la población no sólo desconoce el valor intrínseco de este material constructivo, sino que lo tiene en un mal concepto, ya que, como expresaron las autoridades en forma equivocada, las casas hechas con ese material fueron las que sufrieron mayores daños.

El balance que extraemos es una lectura social donde la población ha dejado atrás los valores comunitarios para insertarse en un sistema de mercado cada vez más marcado y personalista. Sin em-

bargo, aún se tiene la noción de lo histórico como un elemento compartido, situación que será provechosa para futuras investigaciones históricas y antropológicas que se generen en el área.

Por otro lado, la entrega de apoyos se ha visto cubierta por distintas brigadas de la ENAH, de diversas instituciones y, en su mayoría, por particulares que se han acercado a la región con importantes volúmenes de víveres que entregan a la población. Creemos que el acopio ha sido suficiente para cubrir los momentos inmediatos de la contingencia. Sin embargo, cabe señalar que la Mixteca poblana tiene una amplia marginalidad y pobreza, por lo que incentivar el mercado local y las redes de comercio sería una muy buena estrategia para el desarrollo económico.

Con base en la información recopilada, el siguiente paso que se plantea es la planeación e implementación de una estrategia de apoyo en la reconstrucción de las viviendas donde se consideren los criterios de sustentabilidad y autosuficiencia. Para esto se proyectó realizar, durante 2018, trabajo de campo y entrevistas con los pobladores, principalmente con quienes conocen las técnicas antiguas de arquitectura vernácula, a modo de comprender y documentar cómo lo hacen. También se procurará incentivar el trabajo comunitario, de modo que mediante faenas y cuadrillas sea posible generar un proyecto de vivienda a futuro, adaptado a las condiciones de la región.

Entre las actividades encaminadas a esto se han tomado muestras para conocer la composición de los materiales originales de distintas construcciones antiguas, tanto de vivienda como de iglesias, que están en proceso de análisis en algunos laboratorios afiliados a la Red CAICPC. Asimismo, el arquitecto restaurador Luis Fernando Guerrero Baca, miembro de esta Red, impartió dos talleres en noviembre de 2017 y enero de 2018, a modo de implementar materiales propios de la región en la reconstrucción. Esos materiales son adecuados para las temperaturas de la Mixteca poblana. En esos talleres se mostró que muchos materiales que las autoridades consideraron cascajo que tiraron en las barrancas y que contaminaron los ríos habrían podido reutilizarse para levantar nuevas viviendas. También se dejó en claro que en muchos casos no era necesario tirar las casas y que podría haberse quitado el cemento que se dañó y sólo restaurar los adobes necesarios con materiales tradicionales, en lugar de reparar con cemento. Quienes estuvimos en los talleres desarrollados en Huehuetlán el Chico aprendimos que es posible levantar las viviendas con materiales que se tienen en el lugar donde se vive y con el asesoramiento adecuado de quienes aún construyen casas tradicionales. Al concluir los talleres de igual forma quedó claro algo que expresó una de las participantes originaria de Cohetzala, doña Sergia Ponce Lara: “Hagamos que el sismo nos una más como comunidad. ¡Es hora de juntarnos y apoyarnos!”. Muchos de los participantes en los talleres se fueron con una idea precisa: con los saberes tradicionales que el sismo no derrumbó podemos construir de una forma más económica.

Resta decir que, tras la contingencia, nuestra labor como investigadores en historia y antropología ha sido documentar lo acaecido antes, durante y después del sismo, pero sin dejar de lado la recuperación del patrimonio cultural e histórico de la región, que ya se ha empezado a realizar con el trabajo etnográfico en los sistemas de arquitectura vernácula, así como con el rescate y estudio de los archivos civiles y eclesiásticos de algunas comunidades de esta gran región que es la Mixteca poblana.